

---

## Corazones rotos y las andanzas magisteriales

Jaime Navarro Saras

Pedagogo. Editor de la Revista Educ@rnos. [jaimenavs@hotmail.com](mailto:jaimenavs@hotmail.com)

En 2021, después de librar muchas batallas en contra de un corazón que tenía dificultades para funcionar, fallece Francisco Zaras Sandoval, lo cual le venía de la herencia que le dejó su padre Gilberto Zaras López, quien también perdió la batalla y se fue de esta vida a los 46 años de edad (1905-1949).

Así es como dejó la vida terrenal el profesor Francisco Zaras Sandoval, a la edad de 80 años (1941-2021), de los cuales dedicó 31 años al magisterio. Francisco era de esa generación de mexicanos donde el Estado se encargaba de la educación de hijos de campesinos de las comunidades rurales y de obreros en zonas urbanas. Siempre nos contaba que un día llegó al rancho la noticia que convocaba a niños en edad escolar para participar en un programa de internado. El rancho donde vivía era una comunidad del municipio de Ameca llamada La Villita, a 14 kilómetros de la cabecera municipal y parte de la Ruta del Peregrino, justo a 6 kilómetros de Lagunillas (punto tradicional donde se inicia la caminata hacia el templo de la Virgen del Rosario o de Talpa, como se le conoce popularmente). Aunque él y la mayoría de sus hermanos (salvo la mayor y la menor) nacieron en una comunidad pequeña de Ameca, casi colindando con el estado de Nayarit, llamada Zacapoaxtla, lugar que ya no existe como pueblo habitacional, solo quedan ruinas de lo que fue en sus mejores tiempos, gracias a la migración y a la crisis del campo.

Mi tío Francisco nos comentaba infinitas veces que un día llegó una camioneta se que llevó a varios muchachos del rancho a un internado que se ubicaba en Pacana, una comunidad de Tala, Jalisco. Dicho internado ya no existe; hoy alberga a la Escuela Secundaria Técnica núm. 5 del subsistema federalizado de la SEJ. Allí aplicó para un examen en el cual obtuvo 60 en promedio, que lo hacía elegible para el programa; por cómo lo platicaba, ese 60 para él era como un 100, ya

---

que eso representó una oportunidad de las que se presentan de cuando en cuando para cambiar el destino de una persona.

En el Internado de Pacana terminó la educación primaria. Después que cerró ese internado, fue trasladado al internado El Quinto en Sonora, pero gracias a la intervención de Elena Saras, entonces funcionaria de la SEP y que por razones del destino supo que había un niño de apellido Saras, lo quiso conocer y generó un cambio para otro internado que se encontraba en La Huerta, Michoacán, muy cerca de Morelia. Allí terminó la secundaria en tres años y posteriormente la educación Normal en otros tres años. La Huerta estaba más cerca de La Villita, que El Quinto, pero aún lejana para una madre viuda, Beatriz Sandoval Aranda, y a cargo de otros 5 hijos, entre ellos mi madre, que era la mayor y quien falleció el 17 de octubre de 2023.

Francisco o “Tío Chico”, como le decíamos, básicamente abandonó el rancho y solo lo visitaba en temporada de vacaciones, cuando éstas duraban 2 meses. Se la pasó de internado en internado hasta titularse como profesor normalista. De eso pasaron poco más de 10 años desde que migró de La Villita, a la edad de 24 años. Su primera plaza como profesor de primaria fue en la comunidad de Vicente, Camalote, Oaxaca, muy cerca de Tierra Blanca, Veracruz, lugar donde se encontraban las oficinas de la SEP para cualquier trámite, entre otras el área de pagos. En Vicente, Camalote, se encontraba el Ingenio La Margarita como el gran referente. En esa escuela duró un par de ciclos escolares porque realizó una permuta con su primo José Manuel Chávez, quien había tenido unos problemas en una escuela de Irapuato, Guanajuato. Una vez que llegó a ese estado, ya nunca lo dejó; allí vivió, formó una familia, trabajó y, finalmente, falleció.

Sus visitas a La Villita terminaron cuando la mayoría de sus hermanos (salvo uno, Alfonso) migraron a la ciudad de Guadalajara. En temporada de vacaciones y en eventos familiares lo veíamos seguido; aún recuerdo que llegaba con trincas de fresas de Irapuato, así como zarapes y cobijas tejidas de Tlaxcala para regalarnos. Las visitas eran frecuentes, pero estas terminaron en 1981, cuando fallece su madre, mi abuela. Para ella fue su gran orgullo debido a que fue el único hijo que terminó una carrera, además porque recibió no solo su apoyo, sino

que gracias a la plaza como docente tuvo derecho a servicios médicos en el ISSSTE, así como la posibilidad de comprar productos económicos en las tiendas extintas del mismo Instituto.

Hizo, como muchos maestros, la Normal superior en la ciudad de Tlaxcala, estudiando la especialidad de Geografía durante 6 veranos; dicha escuela ya no existe como tal porque fue absorbida por el Departamento de Ciencias de la Educación de la Universidad Autónoma de Tlaxcala en 1976. Allí mismo conoció a su esposa Lydia López Luna, con quien procreó 4 hijos (Luis Francisco, Gilberto, Cinthia y Carlos), con quien tuvo un noviazgo de algunos veranos y finalmente se casó en 1974 en la población pintoresca de Acámbaro, Guanajuato, a la cual asistí acompañando a mi abuela Beatriz y otros familiares. En mi caso era la primera boda elegante a la que asistía; tenía 14 años y cursaba la secundaria.

Su trayectoria como docente inició en 1965 y culminó en 1996, 31 años de servicio cumplidos, primero como maestro de primaria, después de secundaria, enseguida como subdirector de secundaria y finalmente como director del mismo nivel; los lugares donde laboró fueron Vicente, Camalote, Oaxaca; Irapuato, Salamanca y Cortazar, Guanajuato.

Tanto en la familia de mi padre como en la de mi madre, solo mi Tío Chico se dedicó a la docencia, por lo cual, de una manera u otra, se convirtió en un referente para todos los que nos incorporamos a la docencia después. En él vimos un ejemplo de vida porque construyó una carrera y una familia desde cero, de no tener nada (materialmente hablando), debido a que no recibió herencia, solo la bendición de su madre cuando dejó el rancho para irse al internado de Pacana.

Nunca lo vi trabajar en un aula y de su práctica docente y directiva solo lo sé por referentes de sus amigos, familiares y él mismo. La bonhomía era su principal característica, además la de hacer amigos, y su entusiasmo irradiaba energía cuando se trataba de reunirse con ellos: sus hermanos, como él los llamaba, porque fueron su verdadera familia desde niños, adolescentes y hasta la edad adulta; con ellos compartió cumpleaños y demás festividades que se viven en familia, debido a que su familia (madre, hermanos, tíos, primos y sobrinos) estaba a muchos kilómetros de distancia.

---

Es obvio que este tipo de historias ya no las escuchamos por diferentes razones, principalmente porque desde que el Estado dejó de apoyar a las escuelas Normales, y de manera específica a las rurales, desde entonces, algo raro sucedió con la educación pública. No por algo el gobierno de Díaz Ordaz casi las desaparece al afirmar que eran nidos de comunistas. Qué decir de la reforma educativa de Enrique Peña Nieto y sus sicarios Emilio Chuayffet y Aurelio Nuño, que gracias a la tragedia de los 43 Estudiantes de Ayotzinapa no le pudieron dar el zarpazo final a las Normales rurales, tal como lo hicieron con las escuelas multigrado.

Ahora que se habla de crisis de las escuelas Normales, bien valdría la pena que se revisara a fondo lo que generaciones como la de mi Tío Chico le aportaron a la educación pública, con profesores cuyo origen venía desde el campesinado y la clase obrera. Vaya, pues, un pequeño homenaje al esfuerzo y legado del tío Francisco Zaras Sandoval (que, además era mi padrino), tanto a nuestra familia como a las de otros familiares y amigos que tuvimos el honor de haberlo conocido como docente, pero principalmente como ser humano.